

Homilía del 15 de Enero de 2017

El domingo pasado escuchamos la lectura del Evangelio acerca de la llegada de los magos, o como a menudo los llamamos, los tres reyes. El día siguiente, el lunes pasado, la Iglesia celebró el bautismo de Jesús por Juan Bautista, y con esa celebración la estación de Navidad vino a su fin. En el Evangelio de hoy Juan Bautista ve a Jesús venir hacia él, señala a Jesús como el Cordero de Dios, y les dice a sus seguidores lo que pasó cuando bautizó a Jesús. Fue en el bautismo de Jesús, recuerden, que la voz del cielo dijo, «Tú eres mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta toda mi predilección» (San Lucas 2:32). Juan les dice a sus seguidores que fue en ese momento que sabía quién era Jesús: «Yo lo he visto y doy testimonio de que él es el Hijo de Dios». Cada domingo profesamos nuestra fe en el Señor Jesucristo como el único hijo de Dios. Sabemos quien es.

Pero ¿Sabemos quién somos? O más específicamente, ¿sabemos quiénes somos en relación a Jesús? Tuve una reunión con un joven esta semana que está interesado en la fe católica. Se llama sí mismo un «buscador de Dios». Recuerdo cuando yo también usé esas palabras. Estaba tan consciente de mis debilidades, mi pecaminosidad, que no podía llamarme cristiano. Me llamé mi mismo un «suspirante cristiano». Mi declaración puede sonar extraña, pero creo que es verdad que yo estaba tan concentrado en mi mismo que yo no sabía quién era. Es importante reconocer nuestra pecaminosidad y nuestra impotencia a eludir al pecado. Tenemos que realizar que reconocer que en nosotros mismos, por nosotros mismos, no podemos ser el tipo de persona que queremos ser. Pero permanecer concentrado en nuestra impotencia en pecado puede ser autodestructivo. Tenemos que darnos cuenta, a pesar de nuestro pecaminosidad, a quien nos llamamos para ser. El Evangelio según San Juan me dijo—como nos dice a todos nosotros— que cuando recibimos a Cristo en bautismo, él nos da «el poder de llegar a ser hijos de Dios. [Nosotros no nacimos] de la sangre, ni por obra de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que [fuéramos] engendrados por Dios». (San Juan 1:12c-13). El bautismo es nuestro nacimiento como hijos de Dios, incluso como hermanos y hermanas menores del propio Jesús. Así como los infantes son indefensos, nosotros como infantes cristianos somos indefensos recién nacidos sin la crianza y el amor que nos enseñan a depender de Dios y dirigirnos a él para sustento y fuerza. Él es un padre amante que quiere a ayudarnos a crecer en madurez, pero que nunca obliga nada sobre nosotros.

Dios nos da la opción, y por lo tanto debemos aprender de él y volvemos hacia él por dirección y fuerza. San Pablo escribió en la carta a la Iglesia en Galacia:

Pero cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer y sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban sometidos a la Ley y hacernos hijos adoptivos. Y la prueba de que ustedes son hijos, es que Dios infundió en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo» ¡Abba!, es decir, ¡Padre! Así, ya no eres más esclavo, sino hijo, y por lo tanto, heredero por la gracia de Dios (Gálatas 4:4-7).

De nuevo escribió a la Iglesia en Roma:

Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios. El mismo espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo (Romanos 8:14-17).

¿Coherederos de Cristo? ¡Increíble! Nosotros no creeríamos que podría ser cierto si la Palabra de Dios no nos dijera así. Es muy difícil para nosotros, creo, pensar de nosotros mismos como realmente y verdaderamente somos—hijas e hijos de Dios.

Somos los hijos adoptivos e hijas de Dios. Así como podemos ser hijos desagradecidos y infieles de nuestros padres terrenales, podemos ser hijos e hijas desagradecidos y infieles de nuestro padre divino. Esto es la razón que San Pablo le pide a la Iglesia en Galacia: « Pero ahora, que conocen a Dios —o mejor dicho, que son conocidos por él— ¿cómo es posible que se vuelvan otra vez a esos elementos sin fuerza ni valor, para someterse nuevamente a ellos?» (Galatas 4:9). Podemos actuar como el hijo pródigo que pidió su herencia, dejó a su padre, y despilfarró su herencia hasta que se encontró alimentando a los cerdos y bastante hambriento para comer su comida. Pero cuando regresó a su padre, su padre corrió para encontrarle, lo vistió en un manto y le puso un anillo en su dedo y sandalias en sus pies, mató el ternero engordado, y celebró su regreso. «Les aseguro que, [dijo Jesús] de la misma manera, se alegran los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte» (San Lucas 15:10). Y el Apostol San Juan maravilla en ese amor:

¡Miren cómo nos amó el Padre! Quiso que nos llamáramos hijos de Dios, y nosotros lo somos realmente. . . . Queridos míos, desde ahora somos hijos de Dios, y lo que seremos no se ha manifestado todavía. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. El que tiene esta esperanza en él, se purifica, así como él es puro (I John 3: 1^a, 2, 3^a).

¿Qué entonces espera Dios de nosotros, sus hijos e hijas? San Pablo nos dice en nuestra segunda lectura de hoy, nosotros hemos «sido santificados en Cristo Jesús y llamados a ser santo». ¿Qué parece tal vida? En verdad creo que todos sabemos, pero San Pablo nos recuerda. «En efecto, a los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el Primogénito entre muchos hermanos» (Romanos 8:29). Nuestro hermano mayor, Jesús, nos enseñó cómo vivir y nos mostró cómo vivir por su propia vida. Que reconozcamos quién somos y anhelemos a ser como nuestro hermano mayor, Jesús.